

Tú Decides

Cómo hacer decisiones éticas

James W. Walters

Nuestra iglesia está experimentando la interesante circunstancia de contar con un número creciente de miembros con una buena formación académica y profesional.

El movimiento adventista comenzó con pioneros que eran inteligentes y consagrados, de los cuales pocos habían recibido una instrucción formal. Sin embargo, enfatizaron fuertemente el valor de la educación, y ahora la Iglesia Adventista en algunas partes del mundo, como en los Estados Unidos, se ufana de una feligresía que tiene más del doble de graduados de nivel terciario que los de la población en general, calculando sobre una base *per capita*. A través del mundo entero, miles de estudiantes adventistas están matriculados en programas de nivel terciario y universitario, tanto en instituciones denominacionales como en las públicas.

El adventista que posee una educación sistemática es una bendición por el hecho de que él o ella están preparados para hacer una contribución significativa para la iglesia, como miembros y como líderes. Por otro lado, surge un desafío porque tradicionalmente la iglesia no ha tenido un gran número de miembros de alto nivel cultural, y muchos reglamentos y prácticas no han sido sometidos a las preguntas que una feligresía preparada tiende a formular.

A pesar de las dificultades que pueda traer una feligresía más preparada, el beneficio neto es abrumadoramente positivo. Por mucho tiempo la iglesia ha enseñado que cada persona ha sido creada a la imagen de Dios, con el "poder para pensar y para hacer".¹ La iglesia también ha sostenido que la verdadera educación es el desarrollo de todo el ser, incluyendo el intelecto. Cualquier dolor de crecimiento que la iglesia pueda experimentar como resultado de una

feligresía más culta, no es más que eso: los ajustes de la adolescencia mientras el organismo madura social y espiritualmente en el cuerpo adulto de creyentes que Dios quisiera que llegáramos a ser.

Tengo la convicción de que nuestra iglesia —dedicada desde sus comienzos a la prosecución de la verdad sin tener en cuenta el costo— debe estar orgullosa de su comunidad mundial de graduados de los colegios superiores y universidades y de sus profesionales, y debe apoyarla.

Haciendo decisiones

Dios espera que usemos nuestra mente —en verdad lo exige— y en ningún momento es más importante la necesidad de una reflexión cuidadosa que cuando se hacen decisiones éticas. Estas decisiones ocurren cada vez que una persona enfrenta un dilema moral, un conflicto entre deberes o principios aparentemente contradictorios. Una mirada de tales conflictos —grandes y pequeños— surgen cuando el estudiante adventista entra en un aula no adventista y cuando el profesional adventista comienza a ejercer su especialidad.

¿Cómo va a efectuar decisiones morales y religiosas importantes? Hace una generación, en los Estados Unidos, el primer paso en el proceso de las decisiones era consultar el *Index to the Writings of Ellen G. White*, u hojear una concordancia bíblica. Si se podía encontrar una clara afirmación de la señora White, o si se podía localizar un "así dice el Señor", uno no necesitaba continuar buscando. Sin embargo hoy, con nuestra comprensión más exacta del proceso de la revelación divina,² y con el desarrollo de las nuevas tecnologías —particularmente en el campo de las ciencias

biomédicas—, el proceso de decisiones éticas ha llegado a ser más complejo que antes.

Por supuesto, la revelación divina debe permanecer siempre como el fundamento. Los dilemas contemporáneos exigen que redoblemos el estudio ferviente de la Biblia y que usemos en forma apropiada los escritos de Elena White. Como nunca antes, necesitamos acercarnos a estos sagrados recursos con reverencia, orando para que Dios ablande nuestros corazones e ilumine nuestras mentes. Sin embargo, después de haber estudiado estas fuentes inspiradas, podemos obtener más iluminación en ciertos modelos de la ética cristiana. Resultan de mucha ayuda cuatro modelos éticos: (a) ética de la virtud, (b) ética de los principios, (c) ética de la autoridad y (d) ética situacional.³ Estos modelos no son un sustituto de la verdad "revelada;" presuponen que existe tal verdad. Ofrecemos estos modelos como cuatro lentes o anteojos diferentes a través de los cuales el creyente pueda obtener una visión más nítida de los elementos que entran en una decisión. Cada modelo desempeña un papel en el proceso de hacer decisiones, pero el modelo que uno adopte como favorito es un indicador principal de cómo serán las decisiones que uno haga.

Cuatro modelos

Ética de la virtud. El foco de este modelo es el carácter del que hace una decisión. El énfasis está en el ser, más bien que en el hacer; en ser la correcta clase de persona, más bien que meramente llevar a cabo una decisión correcta.

En un sentido, este modelo es el más básico. Se concentra en la sustancia esencial de una persona, la base

para todas las buenas acciones. La ética del carácter será la base final para el juicio divino. Sólo Dios puede mirar el corazón, y precisamente lo más importante son los motivos del corazón. En el análisis final, el asunto no es si uno fue capaz de vivir una vida perfecta, sino si uno *intentó* hacer lo correcto.

Lógicamente, la ética del modelo de la virtud tiene prioridad sobre los otros modelos del proceso de hacer decisiones. La motivación básica para vivir una vida moral surge de lo profundo del ser. A pesar de la validez de las normas y los principios que gobiernan la vida de una persona, nunca habrá demasiadas reglas para cubrir cada matiz de cada situación. Por medio de algo más fundamental que las reglas —el carácter personal— es como pueden cubrirse más completamente las lagunas entre las normas. Las normas son simplemente extensiones concretas de intenciones basadas en el carácter.

La Biblia subraya la importancia del carácter. En Gálatas 5 se encuentra un catálogo preciso de los rasgos del carácter: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, etc. ¿Es esta lista de los rasgos del carácter inferior a los Diez Mandamientos? No necesariamente. Este no es un asunto de uno u otro, así como el asunto de la fe y las obras no es un asunto de una u otras. Así como la fe precede a las obras, así también el Espíritu precede a la ley. Es por causa del carácter que uno aun tiene el deseo de guardar *cualquier* mandamiento.

Los pensadores a través de la historia han recalado la importancia básica de la virtud. Los antiguos griegos señalaron cuatro virtudes cardinales: sabiduría, valor, temperancia y justicia. El apóstol Pablo dice que a pesar de las buenas obras que un cristiano pueda hacer, si las acciones de él o de ella no están movidas por el amor, no tienen valor. Por eso Pablo enumeró lo que se ha llamado las virtudes teologales: la fe, la esperanza y el amor, siendo la mayor de ellas el amor.

A pesar de la importancia de las virtudes o rasgos de carácter, la ética de la virtud tiene un punto débil.

Lo que una persona considera como amor o bondad puede ser muy diferente de la definición de otra. Alguien que esté preocupado patológicamente con el ego puede en realidad creer que tiene las mejores intenciones, mientras que se está engañando a sí mismo. Particularmente en una sociedad pluralística, la ética de la virtud, aun con todo su beneficio, es demasiado subjetiva.

Ética de los principios. Como ya se indicó, sólo Dios puede juzgar el corazón. Debido a la importancia de las intenciones de uno, éstas constituyen la base esencial para el juicio final.⁴ Sin embargo, en nuestra vida como miembros de iglesia y ciudadanos, las buenas intenciones no son suficientes. Por eso tenemos reglas. A pesar de las intenciones de uno, deben conservarse ciertas normas básicas de la sociedad, o debe hacerse frente a las consecuencias. La ética de principios se centra en *hacer* lo correcto, completamente aparte de la motivación.

Sería imposible operar cualquier sociedad u organización sin normas básicas. Por ejemplo, prescindiendo de las preferencias personales al respecto, cada uno en un país dado debe conducir sobre el lado indicado de la carretera. En un ambiente profesional, digamos la medicina, debe haber ciertas reglas de conducta. Por ejemplo, la idea de obtener un "consentimiento informado" antes de hacer una cirugía es obligatoria. No es suficiente decir: "Sea un médico atento".

Todas las normas no son creadas iguales. Hay normas más importantes que otras. El respeto a las personas, en mi campo de bioética, es una norma o principio fundamental. De este principio de alto nivel, parten varias reglas derivadas, una de las cuales es la regla del consentimiento informado. De las reglas derivadas llegan muchas "normas prácticas". Por ejemplo, del consentimiento informado sale la norma que declara que los pacientes tienen el derecho a decidir lo que tomarán para el desayuno. Abundan más las normas basadas en

la experiencia, las que pueden cambiarse más fácilmente que los principios y las normas de alto nivel. Por ejemplo, el manual del cuerpo docente de la universidad donde enseño tiene 221 páginas. Muchas de ellas contienen reglas prácticas, es decir, delineaciones de procedimiento que pueden cambiarse con relativa facilidad. Los principios de alto nivel, como el respeto básico a los miembros del cuerpo docente y las reglas derivadas, tales como la protección de la libertad académica y la debida consideración, tienen mucho más peso y son difíciles de cambiar. Al hacer una decisión basada en la ética de los principios, uno utiliza reglas prácticas a menos que haya conflicto; cuando hay conflicto entre dos o más reglas de la experiencia, uno sigue hasta el siguiente nivel mayor de normas para encontrar una solución.

En mi tarea docente, trabajo con cuatro principios de alto nivel: respeto por las personas, beneficencia, bienestar social, y justicia. El respeto por las personas, que a menudo se conoce como el principio de autonomía, consiste en valorar a los semejantes como quienes poseen finalidad por derecho propio. La beneficencia significa el hacer bien a otros. El bienestar social es el principio que señala nuestra necesidad de buscar el bienestar de la comunidad más grande, la sociedad misma. La justicia es la noción de darle a cada persona lo que merece. La justicia, interpretada generalmente como la igualdad entre las personas, es el principio que condena males tales como el racismo y el sexismo.

Ética de autoridad. ¿Por qué dos personas igualmente inteligentes e instruidas deciden en forma tan diferente sobre ciertas cuestiones morales? Por ejemplo, ¿por qué el Vaticano y la Asociación General ven el aborto en forma diferente? ¿Por qué dos adventistas igualmente consagrados podrían considerar el asunto de la pena capital de una manera contraria? La contestación tiene muchas facetas, pero está ligada a la cuestión de la autoridad —la base para el bien y el mal, la verdad y el error—, que existe en la vida individual y social.

Algunas veces se lleva a un ex-

tremo la ética de autoridad. Para tomar decisiones, algunos cristianos abren la Biblia, cierran los ojos, y con oración colocan su dedo en un texto al azar en una página abierta. Cualquier cosa que diga el texto se lo toma como la contestación autoritativa a su dilema. Este es, me atrevo a decirlo, un punto de vista ingenuo de la autoridad bíblica. Un modelo cristiano de la ética de autoridad más útil y adecuado fue defendido por John Wesley, quien vio la Biblia como el primer criterio de autoridad, siendo los otros la tradición, la experiencia y la razón.⁵

Estoy agradecido por mi educación cristiana y por la importancia que las Sagradas Escrituras tienen en mi vida. Por medio de la Biblia, tengo un sentido de quién soy: mi origen, mi destino, y el significado final de mi vida. En el sentido más básico de la palabra, la Biblia, que señala a su divino Autor, es la autoridad para mi existencia.

Eso no significa que yo suspenda mis facultades críticas. Sin embargo, la razón es tan sólo una herramienta técnica, no un fin en sí misma. Trabaja a partir de ciertos supuestos, con ciertas autoridades. Los cristianos aceptan alegremente la fe bíblica como un supuesto.

Ética situacional. Un cuarto modelo para tomar decisiones enfatiza el contexto en el cual se hace la decisión. Lo mismo que con la autoridad, aquí también hay un uso simplista y adecuado del modelo. El uso simplista de "la ética situacional" es que la situación sola determina la decisión. Las elecciones acerca de lo bueno y lo malo dependen enteramente de la situación. Cualquier cosa que demande la situación es buena, porque no existen modelos absolutos de bueno o de malo más allá de la situación particular.

Yo rechazo tal ética situacional no sólo como simplista, sino también como destructora de la moralidad cristiana; en verdad, destructora de cualquier sistema moral adecuado. Sin embargo, un modelo ético que toma en cuenta la situación no necesita ser ingenuo. El único contexto de un dilema moral puede y debería influir (¡pero no determinar por sí

mismo!) la decisión moral. Tomemos, por ejemplo, dos historias bíblicas: primero la del buen samaritano. El hecho de encontrar a un hombre moribundo que yacía al costado del camino a Jericó determinó (y debería haber determinado) una diferencia para el samaritano, mientras decidía entre detenerse y ayudar o cumplir su promesa de tener una reunión de negocios en Jericó (Luc. 10:29-37). En segundo lugar, consideremos la observancia del sábado. Con toda justicia estableció—y debería haber establecido—una diferencia para Jesús si un buey se había caído a un pozo, a fin de determinar si un creyente debía disfrutar el descanso acostumbrado del sábado (Luc. 14:5-6).

Además de lo que hemos mencionado, consideremos un caso de nuestra historia adventista. A. G. Daniells se refiere a un encuentro que tuvo con un misionero escandinavo que practicaba una dieta vegetariana muy estricta. Para Daniells, el hombre aparecía como si "difícilmente tuviera sangre en el cuerpo", porque "había vivido mucho tiempo en el país del norte". El hombre no estaba observando una dieta adecuada, pero alegaba que estaba siguiendo los consejos sobre salud de Elena White. Cuando Daniells regresó a los Estados Unidos trató ese caso con Elena White. Ella le contestó: "¿Por qué la gente no usa el sentido común? ¿Por qué no entienden que debemos estar regidos por los lugares en donde vivimos?"⁶ Las tres ilustraciones presentan un punto común: aunque los principios no cambian, la aplicación puede variar en cada situación.

Conclusión

Estos cuatro modelos del proceso de tomar decisiones éticas no son un sustituto del estudio de la Biblia y la oración. Pero después de estudiar y orar—mientras el adventista instruido piensa profundamente acerca de una apremiante decisión moral—estas perspectivas pueden ser útiles

para analizar cuidadosamente la decisión.

Los cuatro modelos no son exclusivos. Es decir, uno no tiene que elegir uno o dos y rechazar los otros. Son complementarios. Sin embargo, el modelo que surja como fundamental en el enfoque de uno para tomar las decisiones, puede determinar una diferencia distintiva. Por ejemplo, si la ética de autoridad cobra demasiada importancia en nuestra mente, uno llegará posiblemente a conclusiones diferentes de las que llegaría si pusiera más énfasis en la ética situacional.

En mi experiencia, la fe religiosa es mi autoridad fundamental (ética de autoridad). Y debido a que mi fe es bíblica y adventista, es una fe dinámica. Es decir, es apropiada al contexto histórico en el cual se vive esa fe. Una ilustración del dinamismo de la fe bíblica la tenemos en Ezequiel 18: los creyentes anteriores al exilio tendieron a verse a sí mismos como sufriendo por causa de los pecados de sus antepasados; pero Dios les dijo a los creyentes después del exilio que asumieran la responsabilidad personal de sus vidas. Las nociones históricas adventistas de "revelación progresiva" y de "la verdad presente" son importantes porque afirman que la fe debe vivirse en relación a los tiempos y lugares concretos.

Yo aprendo lo que debiera ser (ética de la virtud) y lo que debería hacer (ética de los principios) de mi fe autoritativa en las Escrituras y mi fe vivida en la comunidad. No consulto al Bagavad Gita para obtener una dirección fundamental en cuanto a las virtudes, ni miro al Manifiesto Comunista para encontrar los principios básicos de la vida. Más bien miro a la narración de mi herencia judeo-cristiana en la Biblia. No se trata de que no pueda aprender de otras tradiciones, pero en mi confesión del cristianismo adopto un enfoque particular de la vida que fundamentalmente afecta la forma como tomo las decisiones.

Aunque así es como los cuatro modelos actúan recíprocamente en mi propia experiencia cristiana, sé y

Continúa en la p. 25 

Tú Decides . . .

☞ Viene de la p. 13

aprecio que otros pueden arreglar los componentes de su vida ética en forma diferente. Eso está bien. Una diversidad saludable realza la variedad de la creación de Dios. Sin embargo, a pesar de la creciente diversidad cultural y educacional en nuestra comunidad adventista, la autoridad de la Biblia siempre debe desempeñar un papel fundamental en el proceso de efectuar nuestras decisiones morales.

NOTAS

1. Elena G. de White, *La educación* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1974), p. 17.

2. Ver Fred Veltman, "The Desire of Ages Project: The Data", *Ministry*, vol. 62 [63 es el número correcto actual del volumen], octubre de 1990, pp. 4-7; y "The Desire of Ages Project: The Conclusion", *Ministry*, vol. 62 [63] (Diciembre de 1990), pp. 11-15.

3. David Larson, un colega mío en el campo de la ética, ha escrito un artículo muy provechoso sobre el proceso de hacer decisiones. Como el proverbial elefante de la parábola, el asunto de hacer decisiones cristianas es un tema amplio y complejo que se puede enfocar desde muchos ángulos y direcciones. Larson y yo estamos examinando diferentes partes del mismo animal. Ver David R. Larson, "Four Ways of Making Ethical Decisions", *Spectrum*, 12:2 (Diciembre de 1981), pp. 17-26.

4. La importancia de la virtud cardinal del amor, comparada con todas las obras basadas en principios, es la enseñanza de 1 Corintios 13.

5. Dennis M. Campbell, *Authority and the Renewal of American Theology* (Philadelphia: United Church Press, 1976).

6. Este relato está tomado de la Bible Conference de 1919 tal como apareció publicado en *Spectrum*, 10:1 (Mayo de 1979), p. 40.

James W. Walters (PhD., Claremont Graduate School) enseña Ética Cristiana en Loma Linda University, donde fue cofundador del Center for Christian Bioethics, en 1983.